

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

66

LETRAS LIBRES
MAYO 2012

POLÍTICA

¿ERAN RECORTES O REFORMAS?

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

En un libro reciente, *Why Nations Fail* [Por qué las naciones fracasan], Daron Acemoglu y James Robinson tratan de responder a una pregunta endiablada: ¿por qué algunos países son prósperos y tienden a la justicia mientras otros son pobres y autoritarios? Las respuestas tradicionales a este interrogante, afirman los autores, han sido tres: la geografía —unos lugares son mejores que otros para la producción agrícola y el comercio—, la cultura —unas culturas alientan más la eficiencia que otras— y la ignorancia —las elites de algunos países saben cosas que las de otros no—. Sin embargo, estas explicaciones no les convencen. Por ejemplo, cuentan, el clima del sur de Estados Unidos y el del norte de México son muy parecidos, y a pesar de ello el primero está mucho más desarrollado que el segundo. Corea del Sur y del Norte comparten una misma cultura, pero la primera es una democracia y la segunda una tiranía. Muchos de los gobernantes africanos se han formado en las mejores

universidades occidentales, por lo que deberían saber lo mismo que los políticos del Oeste, pero ello no ha hecho que consigan —o siquiera deseen— articular sociedades libres en sus países.

Para Acemoglu y Robinson la respuesta es otra: la diferencia está en las instituciones. Aquellos países que han sabido dotarse de instituciones inclusivas, abiertas, sin monopolios, con verdadera igualdad jurídica, han prosperado sea cual sea su situación en el mapa y sean cuales sean sus religiones o sus costumbres. Quienes han construido sistemas que luchan contra las prebendas aristocráticas, contra los privilegios de las minorías, contra la discriminación étnica o sectaria, contra lo que los autores llaman “instituciones extractivas” —las que, en definitiva, benefician a unos pocos a expensas de los demás— han tendido a crecer y a mejorar. Nadie es perfecto, por supuesto, pero hoy hay países más o menos pujantes, con instituciones más o menos buenas, en los cinco continentes.

Mientras leía *Why Nations Fail* no podía evitar pensar en España. No ya porque Acemoglu y Robinson le den una tremenda somanta a las instituciones que el Imperio español desarrolló en la América hispana hace más de quinien-

tos años, ni porque muchos de los ejemplos negativos que explican —el absolutismo francés, el rechazo prusiano a la industrialización, la Rusia aferrada al aristocratismo y la burocracia— puedan sonar semejantes a nuestra historia. Sino por lo que nos está pasando hoy. Sin duda, España es una sociedad inclusiva con instituciones abiertas, miembro de un selecto club de democracias como es la Unión Europea y con un buen historial reciente de libertades de todo tipo. Pero uno de los rasgos que Acemoglu y Robinson atribuyen a las naciones exitosas, el incansable afán reformador de lo que no funciona o lo hace gracias a privilegios, es infrecuente en España. Nos hemos acostumbrado a convivir normalmente con lo ineficiente. Todos braceamos hacia la mejora, pero solemos quedarnos en el gesto. Y eso, aunque no hace de España ni mucho menos una nación fallida, sí nos pone una y otra vez a las puertas del descuelgue.

En el actual gobierno español debe de haber, sin duda, algún liberal reformista, pero su estrategia ha sido hasta el momento el recorte, no la reforma. No quisiera ser injusto: apenas lleva en el poder cuatro meses y en ese tiempo ha hecho algunas reformas importantes como la laboral —que no acaba con una dualidad tremendamente injusta que da a los empleados fijos beneficios que niega a los temporales— y la financiera —que no me atrevo a juzgar—. Y los recortes probablemente estén justificados por la necesidad de reducir rápidamente el déficit. Pero a pesar de estas salvedades, el gobierno no ha abordado el que creo que probablemente es, siguiendo lo dicho por Acemoglu y Robinson, nuestro principal problema: la supervivencia de instituciones anquilosadas, de prebendas inexplicables.

Y no, por una vez no me refiero a los privilegios de los que gozan los políticos españoles —que están en la línea, si no por debajo, de los que tienen los políticos de la mayor



Fotografía: Mónica

+¿Recortando o reformando?

parte de Europa—, sino a los que estos conceden, de manera incomprensible, a terceros. Se diría que lo que más le gusta a un político español es darle a un ciudadano el disfrute de un monopolio, y si eso lamentablemente no es posible, conformarse con mantener una situación injusta. Ahora el precio de los medicamentos es un problema, pero ¿es de extrañar que lo sea cuando estos se venden en tiendas, las farmacias, que tienen monopolios geográficos y, por lo tanto, no compiten entre sí? ¿Por qué, de un modo semejante, deben un notario o un registrador de la propiedad tener precios fijos y un público cautivo? ¿Merecen ahorrarse los quebraderos de cabeza que a los demás nos provoca la necesidad de ser más eficientes y productivos? ¿Tiene algún sentido que quien quiera comprar un paquete de tabaco deba hacerlo, directa o indirectamente, en un estanco, aun cuando estos no suelen tener más mérito comercial que el de haber sido heredados de una abuela viuda de militar? ¿Por qué no tratar el tabaco como el alcohol, que puede ser vendido por cualquiera con una licencia? ¿Y por qué impedir que un comerciante con licencia para vender alcohol pueda venderlo cuando quiera? ¿Quizá porque el lobby de la restauración es más fuerte que el de las tiendas de chinos y paquistaníes? Y también en ese sentido,

¿por qué limitar las horas en que un comercio puede estar abierto? ¿Para premiar a quienes no quieren trabajar más? Y así podríamos seguir y seguir y tendríamos un retrato perfecto de la economía española: una gran masa de gente que lucha por conseguir un trabajo o mantener el suyo y un grupo no tan pequeño al que el Estado le ha dado el lujo de una clientela fija.

Todo esto pueden parecer minucias, pero precisamente por ello son indicativas de que el Estado español—sea cual sea el color de su gobierno— tiende a sobreproteger a algunas minorías no particularmente claves pero con derechos adquiridos mediante la herencia, la oposición o la costumbre, frente al trabajador o el empresario comunes. Naturalmente, reformar esos sectores costaría Dios y ayuda: habría manifestos, quejas, peticiones de reunión con el ministro de turno y amenazas de destrucción de empleo. Sin embargo, si eso redundaría en el beneficio de la mayoría—con precios más baratos, mejor servicio, horarios más cómodos para los compradores— ¿por qué no hacerlo? Bueno, pues porque molestar a unos pocos para beneficiar a la mayoría parece algo impensablemente osado aquí. El reformismo no es cosa de derechas ni de izquierdas, sino de valentía política. No parecemos tener mucha.

He hablado hasta ahora de lo que podríamos llamar pequeños

—pero tercios— privilegios privados. Los hay también grandes, sin duda: la singular financiación de la Iglesia, la difícilmente comprensible subvención de los sindicatos, la anestesiante dependencia del sector cultural del dinero público, la bochornosa licencia fiscal de los clubes de fútbol. Todos estos sectores son importantes en la vida cívica del país y son pilares de nuestra forma de convivencia, pero ¿de veras alguien cree que no necesitan una reforma legal que trate de solucionar decentemente sus problemas?

España no está en riesgo, ni mucho menos, de ser un país fracasado. Pero no acabamos de organizarnos bien, de eliminar privilegios y cotos privados. Mientras en las instituciones de la Unión Europea permanezca la idea de que la prioridad es disminuir el déficit, el gobierno deberá seguir recortando el gasto en cuestiones tan cruciales como la educación, la sanidad o el transporte. Pero al mismo tiempo, debemos reformar nuestro sistema de convivencia, que sigue siendo rehén de nuestra tradición monopolística, de los favores que desde siempre los poderosos han otorgado a minorías con las que confraternizaban, o del miedo a alterar intereses incrustados en la historia. No he hablado en las más de mil palabras anteriores de la necesidad también urgente de reformar las instituciones públicas, pero acabaré con una de ellas: ¿cómo hemos permitido que una institución como la monarquía, que ha funcionado hasta ahora de forma razonable, se encuentre con los problemas que tiene hoy? Ya conocen mi respuesta: porque nos hemos negado a someterla a reformas que permitieran su adaptación a los tiempos modernos y aseguraran su supervivencia.

¿Conocen el dicho de que “no hay que tocar lo que funciona”? Es falso. Nada es tan bueno que no mejore con una inteligente reforma. Y si no funciona, imaginen. —



+Antonio Tabucchi (1943-2012).

Fotografía: © Uminuscula

IN MEMÓRIAM EN LA MUERTE DEL AMIGO

✎ NORMAN MANEA

Antonio Tabucchi ha sido uno de los grandes regalos de mi exilio.

Yo había perdido muchos amigos en los más de veinte años transcurridos desde que había abandonado la Rumania comunista, amigos destruidos por la muerte o amistades venidas a menos a causa de incomprendiones y malentendidos —o del sentimiento, demasiado humano, de la envidia—, y no imaginaba que el destino pudiese ofrecerme todavía esa magnífica sorpresa. Cuando lo invité a Bard en 2002, como huésped ilustre e interlocutor del curso “Maestros contemporáneos”, no estaba preparado para gozar de nuevo de esa inestimable riqueza que creía irrecuperable, cuya importancia siempre había exaltado y cuya progresiva y drástica reducción cada vez me resultaba más difícil soportar.

A pesar de la timidez frente a lo desconocido, el impulso afectivo entre nosotros surgió casi de inmediato. En

las horas de clase y en muchas horas posteriores me sedujeron su docta bohemia libresca, su altruismo y su ardor participativo, la rapidez de sus asociaciones mentales y su sensibilidad siempre viva, y su amabilidad y su humor, a los que servían de contrapunto las fases solitarias, después de las cuales la impetuosidad pretendía ejercer de nuevo sus derechos de soberanía, acentuando la necesidad de diálogo y amistad.

Los estudiantes estadounidenses se sintieron atraídos por la aventura codificada que ofrecía la lectura de sus textos, por los reveladores significados que requerían y merecían ser descubiertos página tras página. La insinuación final en la novela *La línea del horizonte* de que la muerte de Carlo-Carlito puede ser un suicidio implica también al narrador, y desplaza la dimensión narrativa en una especie de inversión trascendental, en la cual ni Carlo permanece definitivamente muerto ni Spino absolutamente vivo. La historia de la alienación y regeneración del protagonista de *Sostiene Pereira* es el complicado relato de su relación con la verdad exterior e interior, en la

situación concreta de una dictadura taimada y perversa, mientras que la deconstrucción perfectamente modulada desde la zona de protección que se construye y mantiene con meticulosidad hasta la inevitable explosión de la evasión al final revela, mediante una irónica estrategia del detalle contrapuntístico, la potencialidad aún no manifestada de su coraje y sacrificio.

Estas incursiones en el universo de la creación de Antonio demostraron ser aún más poderosas cuando la clase llegó a *Réquiem*, inspirado por y dedicado a Fernando Pessoa, quien tuvo en Antonio un lector privilegiado y un intérprete, traductor y promotor insuperable. La narración se convierte en una incursión espiritual más allá de la supremacía de la muerte; el alucinante hallazgo entre las sombras de los desaparecidos intensifica la expresividad literaria, en el territorio de lo que es oscuro y difícilmente visible, regalo de la mirada indagadora que penetra y traspasa el inconsciente somnoliento y onírico. De la naturaleza y de lo inesperado de la mirada, de su camino hacia *el otro* y más allá del otro, hacia el más allá de la realidad y de la

irrealidad inmediata, trataba también en su magistral lectura de *Las meninas*, el famoso cuadro de Velázquez.

El tiempo que Zé y Antonio pasaron en Bard, y sobre todo en nuestra casa, en 2002 y de nuevo en 2007, fue para nosotros cuatro un estímulo generoso al diálogo y a la solidaridad espiritual, un tiempo feliz, de intensa fraternidad.

Rastros emocionantes de este primer encuentro fascinante y decisivo se encuentran también en el capítulo "Autopsia", del libro *Autobiografías ajenas*, publicado en español por Anagrama en 2006.

Naturalmente, mantuvimos el contacto, nos volvimos a ver en Florencia y Siena, en París y Lisboa, y viajamos juntos por Rumania, de Bucarest a Suceava y desde allí a Sighet, a Sibiu, por el valle del Olt y a Curtea de Argeș, y en cada uno de estos lugares la memoria se recargó de la exuberancia de la comunión de ideas y afectos. Teníamos la intención de escribir juntos un libro sobre la visita a Rumania, en el cual debíamos evocar también el modo en el que se habían desarrollado, en lugares y circunstancias diversas, la niñez y la juventud y gran parte de la madurez de cada uno de nosotros, en una Europa salida de la pesadilla nazi, ávida de regeneración y presa de todo tipo de ilusiones: en el Occidente animado por las posibilidades de prosperidad y los ideales de progreso y en el Este rígido debido al dogma del humanismo, transformado en retórica de las dictaduras.

Continuamos esbozando y discutiendo este proyecto, la última vez el año pasado, en el breve encuentro de una noche en Roma, cuando Antonio me comunicó que había encontrado la solución y que en nuestro futuro encuentro parisino en el otoño de 2012 se habría concretado, con certeza, el diálogo que habíamos comenzado en el autobús que atravesaba Rumania. Yo tenía alguna duda sobre mi vitalidad, ninguna sobre su longevidad. La enfermedad imprevista, del verano pasado, tuvo todas las señales traidoras de un inicio banal para amplificarse y agravarse poco a poco en morbosa

fatalidad. Ya le había anunciado a Zé que planeaba una visita a Lisboa para mediados de mayo cuando me llegó el proyectil fulminante de la noticia de su muerte.

Tras los instantes de perplejidad y de parálisis, me ha vuelto a la mente, en una serie incoherente, la secuencia de nuestros encuentros. Las noches y los paseos en Bard, el debate en la Universidad de Siena, su espléndido texto sobre mi *Húligan*, el monasterio de Dragomirna, la noche de Pascua, cuando seguíamos, juntos y conmovidos, a los jóvenes con velas y los cantos rituales, las conversaciones sobre Pessoa, sobre la izquierda actual, sobre los talibanes, sobre los niños africanos o sobre los procesos a Berlusconi, la tensión con la que examinaba en el Museo a las Víctimas del Comunismo de Sighet las fotografías de los torturados campesinos rumanos, la ansiedad compartida por el relato del encuentro poscomunista entre Béla Király, comandante de las fuerzas rebeldes húngaras en 1956, y el general soviético que lo había condenado a muerte, y finalmente, el trovador llevado por Antonio a la cena que ofreció por la editorial Seuil para celebrar el premio Médicis que yo había ganado. Estábamos ya todos a la mesa, preocupados por su retraso, cuando apareció acompañado de un mendigo, un viejo acordeonista rumano del que ya me había hablado y que había buscado por todas las calles donde creía que encontraba refugio, para personalizar, esta vez, el homenaje nacional a la fiesta del escritor rumano. Era el único representante de la patria en el homenaje y escuché, fascinado y nostálgico, las canciones populares que conocía y amaba cuando vivía "en la alpestre pendiente, verde umbral del elíseo" donde nació, como dice la canción popular. Antonio había encontrado, también esta vez, la respuesta burlesca en la que se escondía la gravedad de una relación humana esencial.

Así fue nuestra amistad: esencial. Resonancia profunda, confrontación y complementariedad de biografías y visiones, diálogo entre soledades, certeza indestructible de la solidaridad.

No lloro solo la muerte de un escritor con una vibración inconfundible, animado por el nervio trágico y la felicidad de la risa, de un espíritu agudo e inquieto, apasionado y lúcido, atento a la comedia de la existencia, obsesionado con los grandes interrogantes de la conciencia, de un hombre valiente y generoso, sino la de un amigo insustituible. Su desaparición imprevista ha convertido el mundo en un lugar más pequeño y ha acrecentado las tinieblas, pero su recuerdo protegerá la vejez del errante con el que se hermanó. —

TRADUCCIÓN DE MARTA VALDIVIESO

CIENCIA

FUTURO SIN CELOS

MA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

A pesar de las proclamas a favor de la razón y de la ciencia, nuestra sociedad sigue siendo sectaria. Eso se refleja en una variedad de cuestiones del debate social, pero particularmente en aquellas que atañen al sexo, la pareja y la familia. Tanto la derecha clásica —tintada por la religión— como la izquierda también clásica —imbuida por las destilaciones "progres" de los años sesenta—, mantienen sesgos que hacen inviable un debate sin carga emocional. Sin embargo, a diferencia de las aproximaciones de las religiones e ideologías, de la ciencia nos llegan nuevas propuestas a antiguas preguntas, pero con conclusiones provisionales y, desde luego, mucho menos tajantes.

Y es que hay muchas cosas importantes que sí están claras. Sabemos, por ejemplo que sí hay una naturaleza humana, que sí hay una naturaleza masculina y una femenina (con sutiles configuraciones intermedias), que estas son fruto de múltiples genes laboriosos o perezosos y de cócteles específicos de hormonas y cableados cerebrales, y que muchas de nuestras pautas de emparejamiento e instituciones se hunden en la noche de los tiempos. Parece poco, pero es mucho. Es infinitamente más de lo que se creía hace solo treinta años (o algunos sabios aún ahora).

Quizá lo que deberíamos hacer es distinguir entre las estrategias de emparejamiento primarias—que forman parte de la estructura profunda de nuestras relaciones con el sexo diana, genéticamente adaptativas— y las estrategias que grosso modo podríamos llamar matrimoniales—socialmente adaptativas—. Sobre lo que “nos pide el cuerpo” desde el punto de vista del vínculo matrimonial no hay—y difícilmente habrá— conclusiones determinantes, a menos que se invente una máquina del tiempo y podamos remontarnos a nuestro pasado sapiens, incluso a los ancestros homínidos.

Si juzgamos las sociedades primitivas según los estudios actuales y por los registros de datos etnográficos, parece que la monogamia es la institución básica en los grupos cazadores-recolectores, aunque con tendencia a la poliginia a medida que algunos varones acumulan excedentes de recursos y se produce una evaporación del igualitarismo.¹ Si vamos a los datos físicos, la diferencia de peso y altura habla de competencia entre machos, y esto suele ser señal de que unos pocos acaparan más hembras—fenómeno extensamente documentado en mamíferos—, así que somos sospechosos de poliginia. Por otro lado, el tamaño de los testículos humanos, grandes comparados con su volumen corporal, también habla de la “competencia espermática” y de la ligereza de casos: como los hombres no controlan a los otros machos que copulan con la hembra, la batalla se da en el tracto reproductivo femenino.

También según las investigaciones de paternidad que permiten las secuencias de adn, incluso en las sociedades estrictamente monógamas (sean de pájaros o de mamíferos), un porcentaje elevado de los hijos no suele ser de quien aparece como “titular”. Así que podríamos decir que gustamos de cierta variación que combinamos con una inclinación importante al vínculo monógamo que se abre a la poliginia cuando un varón tiene posibles. Sobre la promiscuidad en los grupos

supuestamente no contaminados por nuestra influencia perturbadora ha habido muchos mitos.

Y ahora vamos a la otra cuestión: las estrategias de emparejamiento matrimonial, tan importantes como esa “auténtica naturaleza” de las tendencias sexuales. Como he dicho, la poliginia es un dato etnográfico consistente. Aproximadamente el 85% de las sociedades del registro antropológico han permitido a los hombres casarse con varias mujeres. Sin embargo, hoy en día, en las sociedades desarrolladas la monogamia parece haberse impuesto.² Lo interesante es que las sociedades modernas no son igualitarias.

Estos meses ha circulado un libro superventas que ha acaparado portadas y tertulias más o menos emparejadas: *En el principio era el sexo* de Christopher Ryan y Cacilda Jethá.³ Ese curioso dueto aboga por la hipótesis de un ser humano “hipersexual”, de naturaleza promiscua, pero reprimido por los topicazos de la visión que podríamos estereotipar como “progre”. Tanto en el ensayo como en entrevistas, los autores acusan de todo ello al patriarcado, ese grupo de machos que hace miles de años se conjuró para subyugar a las mujeres hasta alcanzar el “Big Crunch”. Incluso denuestan la “agricultura” (a la que infantilmente califican de “estafa”), pues es un estadio al que habría sido mejor no acceder aunque ello representara perder las bases de la civilización de la que ahora disfrutamos.

El libro está sembrado de analogías absurdas y perfectas para un debate televisivo tipo *La noria*. Por ejemplo, esta frase: “si la mitad de los aviones se estrellasen, se revisaría su funcionamiento... ¿Por qué no ocurre eso con el matrimonio?” Y ahí está probablemente el origen del malentendido. Como he dicho, no son lo mismo las estrategias de emparejamiento primarias que las costumbres matrimoniales. Lo segundo

es el resultado de adaptaciones ancestrales que recibimos los miembros de una comunidad humana a la vez que el conjunto entero de creencias, normas y tradiciones que hacen que la sociedad funcione. No se llega a las instituciones o costumbres matrimoniales de la misma manera que se construye un artefacto. No hay diseño ni premeditación ingenieril, en este caso. Es un producto de milenios de cocina social y circunstancias ecológicas.

Independientemente de que nuestros ancestros fueran más o menos promiscuos, es crucial entender que las normas matrimoniales no son la traducción exacta de nuestra psicología amorosa resultado de la evolución biológica. Son sistemas que adoptan formas distintas dependiendo de su eficacia en cada contexto. Y, como en tantas cosas, se acaba imponiendo lo que mejor funciona.

Hay estudios en cadena que señalan que la adopción del matrimonio monógamo reduce la competición entre los varones por el acceso a sexo y reproducción. Esto tiene consecuencias demostrables e importantísimas. Como por ejemplo impedir que se cree una bolsa de solteros de bajo estatus y con tendencia al conflicto. La monogamia es una estrategia más segura a largo plazo, porque los hombres que viven en sociedades que la fomentan son menos propensos al riesgo y más pacientes.⁴ Su efecto en el conjunto social son unas cifras más bajas de criminalidad, mayor productividad económica, mayor igualdad entre hombres y mujeres, y mayor inversión en los hijos por parte del padre, entre otras ventajas.

Cuando los índices de criminalidad se reducen se favorece el comercio, la inversión económica, la circulación libre de flujos de información, un mayor rendimiento productivo y una división del trabajo más sutil y mejor organizada. Varios de estos factores favorecen la innovación y un crecimiento más rápido.

La cuestión de la inversión del padre que he mencionado podría haber sido decisiva en el desarrollo de las sociedades modernas tal como las conocemos. Al darse determinadas

¹ Ver, por ejemplo, las publicaciones de Richard D. Alexander.

² Esta práctica, originaria de Occidente, ha sido imitada en otras sociedades: Japón prohibió la poliginia en 1980, China en 1953, India en 1955 y Nepal en 1963.

³ Christopher Ryan y Cacilda Jethá, *En el principio era el sexo. Los orígenes de la sexualidad moderna. Cómo nos emparejamos y por qué nos separamos*, Madrid, Paidós, 2012, 480 pp.



Fotografía: © Born 1945

+La institución familiar.

condiciones, los padres futuribles tienen que decidir si invierten recursos en su descendencia o en buscar parejas sexuales adicionales. La certeza de paternidad, por complicada que fuera de establecer en su día, se vio favorecida por el conjunto de normas y prohibiciones que solía llevar aparejado el matrimonio monógamo. A pesar de que Ryan y Jethá idealizan la llamada “paternidad difusa” que al parecer permitía que los niños de un grupo ancestral fueran cuidados por todos los hombres sin distinción ni regateos, eso se da de bruces con los datos estudiados tanto en las sociedades contemporáneas como en las bandas de cazadores-recolectores que perduran. Lo que se ha constatado, reiteradamente, es que cuanta menos certeza de paternidad y menos ataduras de pareja existen, más negligente se torna la atención por

parte del padre. Y una sociedad con padres involucrados o no desemboca en diferencias mensurables en el nivel de vida. La mayor inversión paternal unida a una fertilidad inferior favorece una descendencia de mayor calidad en todos los sentidos, con las consecuencias obvias en la sociedad que las disfruta. En resumen: la competición entre sociedades ha conducido a que se impongan las que mejor funcionan y resulta que la monogamia es una constante.

Ryan y Jethà creen que el futuro será polígamo. Convencerse de que lo sea o no es una cuestión de elección estético/política, como quien prefiere un concierto carca de Julio Iglesias a uno “transgresor” de Lady Gaga. Sin embargo, esto no es algo que se pueda decidir por las buenas (y cuando se ha intentado, ha conducido a desgracias). Los pactos matrimoniales dependen del contexto histórico a la vez que hunden sus raíces en sistemas de apareamiento antiguos, dejando claro, eso sí, que las normas no son del todo independientes de la psicología

del intercambio sexual y que tampoco pueden subvertirlo excesivamente. Se influyen en los dos sentidos.

Sea como sea el futuro, será difícil que desaparezcan los celos cuando irrumpen (como invitados o extemporáneos) terceros o cuartos o duodécimos; o que se evaporen las infidelidades en la *pareja-fiel-basta-que-la-muerte-nos-separe*. No existe el vínculo ideal, solo el mejor posible para cada contexto. El acuerdo amoroso siempre será una fuente de frustraciones, pero también de notables gratificaciones que pueden compensar y darle lustre a la existencia. Es en ese diferencial donde anidan, medran y a veces se imponen unos arreglos matrimoniales u otros. —

POLÉMICA

LA CEGUERA MORAL DE GÜNTER GRASS

ANSHEL PFEFFER

La tarde del miércoles 4 de abril entrevisté a Hans Futter, ingeniero y empresario jubilado, para un artículo sobre el último colegio judío en la Alemania nazi. Futter nació en una localidad de la costa del mar Báltico en los años veinte del siglo pasado, y antes de cumplir dieciocho años tuvo que abandonar su hogar y sumarse al torrente de millones de refugiados que huían por toda Europa.

Tras la entrevista encendí el ordenador, entré en internet y leí las noticias sobre Günter Grass, que nació en la misma década en la costa del mar Báltico y también se convirtió en un refugiado a los diecisiete años. Ahí terminan todos los parecidos entre los dos hombres.

Como joven judío, Hans tenía que afrontar una elección difícil: abandonar su país de nacimiento o arriesgarse a un destino terrible. Grass decidió ser uno de aquellos de quienes huía Futter. Perdió su hogar después de que Alemania perdiera la guerra.

Después de la guerra, Hans Futter rehízo su vida en otro país junto a su

4 El estudio mencionado ofrece, entre otros, datos de cómo las comunidades de mormones entre 1830 y 1890 experimentaron una disminución dramática de la competición intrasexual cuando el gobierno de Estados Unidos suprimió el matrimonio polígamico.



Fotografía: © Gired

+El ego del Nobel.

hermano Gerald, sin saber cuál había sido el destino de sus padres y de su hermano menor. Grass permaneció en Alemania y se convirtió en la voz y conciencia moral de la nación. Y, como tal conciencia, ha publicado un poema donde pide a su país que no se convierta en “cómplice de un crimen que es previsible” vendiéndole submarinos a Israel.

Y, tras leer esas frases traducidas de la polémica de Grass, “Lo que hay que decir”,* esta columna empieza a escribirse sola. Porque, incluso antes de que la parte analítica de la mente comience a responder a la alegación infundada de que Israel amenaza con aniquilar a toda la población iraní, la pantalla se vuelve roja y las yemas de mis dedos exigen la satisfacción de aporrear el teclado una y otra vez para decir exactamente lo que pienso sobre el poeta. Porque, por una vez, no hay necesidad de un debate razonado y lógico, ni de sopesar izquierda y derecha. Porque cualquier otro día habría tiempo para afrontar tranquilamente el debate sobre si Israel necesita tener capacidad nuclear, o acerca de si debería seguir negándose a firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear. Pero no el día

en que Grass estalló en esos versos. Porque hay algo claramente erróneo en el hecho de que él escriba esas palabras: algo tan moralmente ciego que todo argumento resulta superfluo.

La lógica y la razón son inútiles cuando un hombre extremadamente inteligente, nada menos que un Premio Nobel, no entiende que su pertenencia a una organización que planeó y llevó a cabo el genocidio sistemático de millones de judíos lo incapacita para criticar que los descendientes de esos judíos desarrollen un arma de último recurso que es la póliza de seguro destinada a evitar que alguien termine el trabajo iniciado por su organización. ¿Hay algo que esté más claro?

Esto no trata de los alemanes. Tienen todo el derecho a expresar sus opiniones geopolíticas, e incluso Grass puede ser tan crítico como desee con Israel. Sin duda, no puede haber una ley que limite su libertad de expresión, pero algunas cosas son tan fundamentales que ni siquiera deberían necesitar leyes. Es una cuestión de decencia humana elemental.

Un comentarista judío alemán ya ha acusado a Grass de ser “el prototipo del antisemita educado que dice que es amigo de los judíos”. Pero yo creo a Grass cuando dice que está “unido con Israel”. No pienso que “odie” a

los judíos en ninguno de los sentidos reales de esa palabra. Un diplomático israelí destinado en Berlín comparó el poema con el clásico libelo de sangre. Pero no hay nada difamatorio en “Lo que hay que decir”. Grass se limitó a escribir una evaluación errónea de las intenciones nucleares de Israel.

Tiene mucho más sentido atribuir la ceguera moral de Grass a una vanidad y un ego gigantescos, como hace Sebastian Hammelehle, el astuto editor literario de *Der Spiegel*. Merece la pena citarlo por extenso:

Grass es tan vanidoso que, cuando le pidieron escribir para el semanario alemán *Die Zeit* con motivo de la muerte del importante novelista alemán Heinrich Böll, escribió casi exclusivamente sobre sí mismo. Ahora ha empaquetado sus opiniones políticas en un poema que es casi igual de simple que ellas. ¡Qué patetismo! Habría sido mejor que no hubiera comenzado sus versos con la palabra “yo” al principio de cada frase, y en cambio hubiera discutido la situación de Israel de forma más completa. Así habría tenido una idea sobre cómo el pueblo israelí se debe de sentir en términos psicológicos, al estar rodeado de enemigos.

Ese es el problema de la vanidad y del ego: sesgan el juicio del escritor más concienzudo. ¿Cómo si no explicar el hecho de que hace siete años, cuando se sentó a escribir sus memorias, Grass pareció pensar que, si por fin revelaba la oscura verdad sobre su pasado en las Waffen ss, la gente dejaría ese asunto al margen y seguiría viendo en él al hombre que escribió *El tambor de bojalata*?

¿Quién puede culpar a un chico de dieciséis años, arrastrado por el fervor patriótico, que se alista como voluntario en tiempos de guerra? Grass no merece ningún castigo por su servicio durante la contienda, pero la historia lo ha marcado para el resto de sus días. ¿Cómo pudo imaginar que no tendría que pagar un precio, a menos que su inflada sensación de importancia le ocultara la realidad? Tras servir en

* Publicado originalmente en *Süddeutsche Zeitung* y traducido al español por Miguel Sáenz en *El País*.— N. de la R.

la organización que intentó, con bastante éxito, erradicar a los judíos de la faz de la tierra, debería reservarse para sí mismo las opiniones que tenga sobre el arma del Juicio Final de los judíos. Y si el escritor, de ochenta y cuatro años de edad, está tan perdido en la autoadulación que no puede darse cuenta de algo tan sencillo, los editores del respetable periódico que publicó el poema deberían haber encontrado el modo de comunicárselo amablemente. No es solo otro chico que nació en la costa del mar Báltico en los años veinte del siglo pasado. En el camino, hizo algo que lo manchó. Para siempre. —

TRADUCCIÓN DE DANIEL GASCÓN
Publicado en *Haaretz*

ECUADOR UNA CUESTIÓN RETÓRICA DEL POPULISMO

LEONARDO VALENCIA

Además de la frase sobre el desencanto del cambio histórico que hizo emblemática a su novela *El Gatopardo* (“se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi”), Tomasi di Lampedusa tiene otra no menos reveladora. No está en su novela, sino en una reflexión de las lecciones de literatura que dio a un pequeño grupo de palermitanos. “Los hombres —dijo Lampedusa— llaman fácilmente ‘retórica’ a la dialéctica que se ocupa de los sentimientos que no comparten o con los que deben cumplir un esfuerzo para darle alcance.”

No es un despropósito recurrir a un autor de supuesta inmovilidad histórica como Lampedusa para acercarse al presidente de una supuesta revolución. En el fondo Lampedusa no era determinista, ni la llamada “Revolución Ciudadana” del presidente ecuatoriano Rafael Correa ha signi-

ficado un cambio radical en el país. (*Revuelta*, más bien, si recordamos la distinción entre ambos términos que hizo Octavio Paz.)

Lo que sí hay es un elemento retórico que exige cumplir el esfuerzo del que hablaba Lampedusa para dar alcance al actual régimen ecuatoriano, desde su líder a sus seguidores. Correa desata entusiasmos populistas. Estos no tienen que ver solamente con los cambios y medidas que había que implementar en un país que los necesitaba hace décadas, sino con la suerte de carta blanca que ha logrado entre sus seguidores hacia cualquier medida o decisión que tome el presidente, pasando por alto una serie de despropósitos que, sí, son de difícil comprensión, como su desaforado combate a la prensa. La incontenencia verbal de Correa ha tildado a los periodistas ecuatorianos de “mafiosos” (a una periodista la llamó “gordita horrorosa”) y hasta creó una categoría tan sucinta como adjetiva: “prensa corrupta”. Esta muletilla se usa para cualquier medio de comunicación. Este presidente ha demandado a tres periodistas y un medio de prensa por daños morales por un monto que suma, en una ya atenuada sentencia de la Corte de Justicia ecuatoriana, los cuarenta millones de dólares, y es necesario un gran esfuerzo para descifrar su retórica incomprensible. Quien no comprenda los sentimientos de una “revolución” para la cual “la patria ya es de todos”, deberá hacer ese esfuerzo para entender, por ejemplo, que hay que proteger los derechos de la naturaleza por disposición constitucional y con nombre propio “Mamapacha” (Madre Tierra), mientras que el mismo gobierno pretende abrir explotaciones mineras, pese al reclamo de miles de indígenas que realizaron una marcha a lo largo del país, precisamente ellos que tienen la relación directa con la tierra y no la retórica sobre la tierra. Habría que preguntarse si no es más bien el presidente Correa y su gobierno quienes han terminado, por falta de comprensión, considerando retóricos y agotadores los sentimientos de los indígenas ecuatorianos, los



+Correa y la retórica populista.

únicos que han sabido sustraerse a la hipnosis populista porque se han dado cuenta de que, en definitiva, no son beneficiados.

Por una parte hay una necesidad de cambios históricos y, por otra, un presidente que siempre lleva una incómoda piedra en el zapato: considerar cualquier crítica un atentado contra su honra (ha dicho que no dejará “ofender la majestad presidencial”), lo que ha incentivado que se presente un código en el que se tipifican más de diez delitos contra la honra y la posibilidad de cierre de medios de comunicación durante cinco años como medida cautelar.

La prensa de cualquier país con libertad crítica no puede llegar muy lejos cuando tiene frente a sí a Rafael Correa. Un ejemplo fue lo ocurrido en la entrevista que le hizo la periodista Ana Pastor en Televisión Española con motivo de la visita de Correa a España en el mes de marzo. Conforme avanzaba la entrevista y Ana Pastor sacaba a colación distintos temas, Correa iba perdiendo el control. El primer síntoma fue decir que era un “cliché”, “un lugar común”, hablar de

* “Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie.”

libertad de expresión. Para atenuar las preguntas insistentes de la periodista, empezó a evitar las respuestas directas y terminó por llamar “Anita” a la periodista, en una especie de chantaje de confianza por el uso del diminutivo. Como era de esperar Ana Pastor insistió en que su nombre era Ana y que no le gustaba que la llamaran de otra manera. Al final de la entrevista, haciendo una pausa enfática, Correa volvió a llamarla Anita. Más allá de este capricho y su repunte que habla por sí mismo, el gesto muestra que Correa no tiene la destreza suficiente como para dialogar. Lo suyo es simplemente imponerse. Quizá por eso lo que le hizo dar marcha atrás para su indulto a la prensa es que lo criticó una contundente opinión internacional, desde la solidaria republicación en varios medios colombianos de la columna de Emilio Palacio, “No a las mentiras”, a los editoriales de medios como *The New York Times* (“Ecuador’s assault on free speech”), entre muchos más, y las columnas de Mario Vargas Llosa o Antonio Muñoz Molina, además de un manifiesto de más de cien escritores de varios países, encabezado por las firmas de Fernando Savater, Rosa Montero y Javier Cercas.

El caso de Correa con la prensa ecuatoriana revela que no era ningún beneficio para “el pueblo ecuatoriano” que los periodistas fueran declarados culpables y paguen una multa descomunal. Era algo de beneficio personal, y no aludo a que se habría embolsado millones de dólares, sino a dejar sentado quién es el intocable en Ecuador, sellando con este gesto el nuevo estamento que hará que todo cambie para que todo, Lampedusa *dixit*, siga igual. Es decir: una clase enquistada en el poder y una ciudadanía sujeta a arbitrariedades. Aunque el presidente Correa alegó que se presentaba a demandar a los medios de prensa como ciudadano común, nunca faltaron, en su asistencia a la Corte de Justicia, despliegues que iban mucho más allá de la básica seguridad de un funcionario de alto rango. Siempre estuvo acompañado de sus ministros, al punto que fue emblemático que estuvieran

muchos de ellos el día de la sentencia final contra *El Universo*, acaso porque también habían sido duramente criticados desde las páginas del diario que se sentaba en el banquillo, y no les venía mal darse el gusto de ver cómo caía la sentencia a sus críticos. Una vez dada la sentencia, como en un juego de capricho, Correa pasó a dar el “perdón sin olvido”. Esta marcha atrás pone en evidencia que el discurso populista se cuida mucho cuando se dirige a dos públicos distintos. Por una parte está el electorado interno y por otra la opinión internacional. Mientras Correa se ha esforzado desde su época de campaña en dirigirse en quechua, parcialmente, a los indígenas ecuatorianos, en el caso de la concesión del indulto, la comunicación fue dirigida con traducción simultánea al inglés y al francés. Una cuestión retórica del populismo del siglo XXI. —

MUNDO EDITORIAL

¿LIBROS VS. LIBROS?

—ALEJANDRO KATZ

Desde septiembre del año pasado diversas restricciones administrativas comenzaron a dificultar el ingreso a la Argentina de libros impresos o editados en el extranjero. Sin que mediara, al principio, una normativa precisa que justificara las medidas del gobierno —lo cual incrementaba por una parte la incertidumbre y, por otra, ampliaba los márgenes para las decisiones arbitrarias—, las dificultades para la importación de libros se mantuvieron desde entonces. En los meses transcurridos, se hicieron evidentes dos de las razones que explican la conducta de los funcionarios: los desequilibrios de la balanza comercial, que llevaron al gobierno a un creciente control del comercio exterior desde fines de 2011 (lo cual motivó que un grupo de cuarenta países, entre los cuales se cuentan los de la Unión Europea, Japón, Canadá, Estados Unidos y México, presentaran en marzo una queja ante la OMC), y la presión de un importante grupo de industriales gráficos que, des-

de el año 2010, estaban realizando gestiones para limitar la importación de libros impresos fuera del país. Ambas razones comparten causas comunes, particularmente la creciente pérdida de competitividad de una economía que padece altos índices de inflación con un tipo de cambio relativamente estancado. Pero, a diferencia de muchos otros sectores económicos, a los cuales el gobierno exige, para permitir el ingreso de mercaderías, que compensen las importaciones con exportaciones, en el caso particular de los libros, además de la exigencia que impone el gobierno de equilibrar los saldos del comercio exterior, el *lobby* de los industriales gráficos consiguió que se sancionara una reglamentación específica, cuya finalidad explícita es el control de la proporción del plomo en la tinta de los libros que se importan pero que, de hecho, funciona como una barrera para-arancelaria destinada a dificultar o restringir el ingreso de libros al país. La combinación de ambas exigencias, los trámites necesarios para cumplirlas y la incertidumbre acerca de la decisión final que adoptará el funcionario a cargo han provocado que buena parte de quienes importaban libros dejen de hacerlo o reduzcan la variedad y cantidad de lo que importan a las necesidades mínimas. De hecho, más allá de los límites concretos que el gobierno imponga, la sucesión de medidas funciona como un incentivo inverso a la importación cuyo efecto inmediato es el empobrecimiento de la oferta editorial en el país.

No es fácil exagerar la gravedad de cualquier decisión gubernamental cuyo objeto o efecto sea dificultar la libre circulación de los libros. Argentina produce aproximadamente el 12,5% de los títulos que se editan en idioma español, lo cual significa que cualquier restricción impuesta al ingreso de libros impedirá al lector argentino el acceso al 87,5% de los títulos que cada año se publican en nuestro idioma —por no mencionar lo editado en otras lenguas—. Pero tan difícil como exagerar las consecuencias es tratar de entender las



Fotografía: Miguel Vieira

+La librería Ateneo Grand Splendid en Buenos Aires.

razones que fundamentan decisiones de esta naturaleza: si desde el punto de vista de la balanza comercial el sector editorial argentino resulta absolutamente irrelevante, sancionar a los lectores para proteger a determinados jugadores de la industria gráfica no es ni más ni menos que una enfervorizada declaración de arcaísmo intelectual, que pone de manifiesto una ideología para la cual el “valor-conocimiento” es desdeñable en relación con el “valor-trabajo”, entendido este puramente como la utilización, lo más extensiva posible, de mano de obra industrial, no necesariamente de alta calificación. Una ideología que sigue persuadida de que las líneas fordistas de producción son más genuinas e importantes que los bienes producidos por la educación, el saber y la creatividad; que la producción industrial de manufacturas –aun si estas tienen un bajísimo valor agregado– es más verdadera que toda producción abstracta, sea

de patentes, diseño, conocimiento o arte. Una ideología más apegada, en síntesis, a la capacidad de fabricar objetos materiales, aunque estos sean *commodities* –que es lo que en verdad hace la industria gráfica: producir *commodities*– que bienes simbólicos, complejos y de mayor valor agregado como los de la industria editorial, independientemente del soporte en que los manufacture y del sitio en el que los manufacture.

Hay cuando menos dos concepciones que subyacen en las decisiones que el gobierno argentino ha tomado en los últimos meses en relación con la circulación de los impresos. Una, ese apego a lo concreto, lo físico, lo táctil, que va de la producción industrial a los hechos de masas. Otra, la ideología de lo local, lo propio, lo próximo, como algo preferible a lo extranjero, lo ajeno y distante. La síntesis de ambas concepciones fue expresada de modo sorprendente por el secretario de Cultura cuando explicó,

a principios de abril, las decisiones del gobierno en función de la defensa de la “soberanía cultural”, que, según razonó, “consiste en que tengamos cada vez una mayor capacidad de decisión para decir qué se debe editar, qué conviene estratégicamente que editemos, y no que se decida en las grandes capitales del mundo sobre los libros que podemos leer”.

Esa primera persona del plural, ese “nosotros” que “decidimos”, es, a pesar de la apariencia de inclusión, básicamente un modo de excluir: son, sobre todo, ellos, los otros, los extranjeros los que no deben participar de “nuestra” vida. El control de la proporción del plomo en la tinta como mecanismo para impedir o dificultar la importación de libros es una metáfora perfecta de ese sentimiento: lo que viene de afuera contamina y enferma. Que en la segunda década del siglo XXI un gobierno restrinja, por las razones que sean, la libre circulación de libros puede parecer peligroso, pero sobre todo es triste. –